



# *Una chica en invierno*



PHILIP LARKIN

*Traducción del inglés a cargo de  
Marcelo Cohen*



IMPEDIMENTA



Título original: *A Girl in Winter*

Primera edición en Impedimenta: octubre de 2015

Faber and Faber Limited

© Philip Larkin, 1947

Copyright de la traducción © Marcelo Cohen, 2015

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2015

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Maquetación: Cristina Martínez

Corrección: Susana Rodríguez

ISBN: 978-84-15979-57-9

Depósito Legal: M-29801-2015

IBIC: FA

Impresión: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Bruce Montgomery*



# PRIMERA PARTE



I

**D**urante la noche había dejado de nevar, pero, como seguía helando y los copos no se derretían, la gente comentaba que aún nevaría más. E incluso cuando la nieve empezó a fundirse, no les quitó la razón, porque no se veía el sol, sino una vasta y única capa de nubes sobre el campo y los bosques. En contraste con la nieve, el cielo era marrón. Sin la nieve, en realidad, la mañana habría parecido un anochecer de enero, pues la luz daba la impresión de surgir directamente de ella.

Llenaba las zanjas y las depresiones del campo, donde solo se aventuraban los pájaros. En algunos caminos, el viento la había acumulado impecablemente sobre los setos. Los pueblos permanecían aislados, hasta que cuadrillas de hombres pudieran abrir senderos; en los campos resultaba imposible trabajar, y en los aeropuertos cercanos a esos pueblos se habían cancelado los vuelos. Desde sus camas, los enfermos contemplaban el brillo reflejado en los techos de sus cuartos, y algún

cachorro que lo veía por primera vez lanzó un gemido y se escondió bajo el lavabo. A barlovento, las casas estaban violentamente espolvoreadas de nieve, y las vallas, semisumergidas como espigones. El paisaje entero era tan blanco e inmóvil que parecía un cuadro abstracto. La gente no tenía ganas de levantarse. Mirar la nieve demasiado tiempo producía un efecto hipnótico, anulaba todo poder de concentración, y trabajar se hacía más duro y desagradable con ese frío que entumecía los huesos. De todos modos, había que encender las velas, picar el hielo de las jarras, descongelar la leche; había que preparar el desayuno a los hombres para que marcharan al trabajo. La vida tenía que continuar, por limitada que fuese, y aunque uno no pudiera ir más allá de la ventana, en casa había muchas tareas esperando un día así.

Pero, por brechas abiertas a lo largo de los terraplenes, corrían ya los trenes y, aunque vacíos, iban hacia el norte y el sur con la intención de unirlos, pasando por fábricas que habían trabajado toda la noche, por los interiores de las casas tras cuyas cortinas brillaban luces, y llegaban a ciudades donde la nieve no tenía importancia, ciudades que la helada, amargamente, solo podía sitiar durante unos días.



—¿Qué estás canturreando? —preguntó la señorita Brooks, y estornudó—. Estoy desahuciada.

—Los tubos no se han calentado —dijo Katherine—. Nunca se calientan.

—¡Vaya lata! El portero me tendrá que oír.

—Supongo que la instalación es demasiado vieja.

—Pues algo deberían hacer. Y mira la sala que tenemos que usar... ¡Dos lavabos! Y un solo espejo...

—Y lleno de manchas.

—Mi hermana, la casada, trabaja en un despacho —dijo la señorita Brooks con melancólica envidia—. Tienen estufa de gas.

—Ojalá aquí hubiera una, aunque no fuese de gas.

—Sí, y eso no es todo. Las mañanas de frío, como hoy, si quieres puedes tomarte una taza de té allí mismo. Y otra antes del mediodía. Una cosa así te levanta el ánimo, ¿no? Mira nosotras.

—Anstey tiene una estufa de gas. Pienso que eso es lo más importante.

—¡No mentes al diablo! —dijo lúgubrementemente la señorita Brooks.

Se detuvieron un momento, junto al carrito cargado de libros, mirando la larga avenida que se abría hasta el mostrador, entre estanterías oblicuas. Las dos llevaban monos de trabajo rojos. Las altas ventanas estaban cubiertas de escarcha, y las dos hileras de lámparas colgantes permanecían encendidas, aunque apenas eran las diez menos veinte. Las luces individuales de los estantes esperaban a que las puertas se abrieran al público.

El señor Anstey había entrado ruidosamente por la puerta giratoria y ahora estaba apoyado en el mostrador, esgrimiendo ante la señorita Feather una hoja de papel que golpeaba con la pipa. La señorita Feather inclinaba con respetuosa atención su desgreñada cabeza gris. Él no había bajado la voz, pero los múltiples ecos que producía al rebotar contra las paredes impedían oír lo que estaba diciendo.

—¿Quieres saber una cosa? —continuó la señorita Brooks—. Una vez conseguí que Feather le hablara de lo del té. Fue antes de que llegaras tú.

—¿Y qué dijo?

—¡Oh, ya sabes cómo es! —La señorita Brooks sacó un pañuelo de debajo de la manga para sonarse la nariz—. Preguntó dónde íbamos a hacerlo todo, dónde íbamos a prepararlo, dónde íbamos a tomarlo, si las asistentes tenían tiempo libre para eso, y de cada cosa hizo una enormidad. Dijo que «no veía muy bien cómo hacer viable nuestra solicitud».

—Parece que lo estuviera oyendo —dijo Katherine—. ¿Por qué tendrá que hablar de esa manera tan estúpida? Creo que es una de las cosas que más me fastidian de él.

—Puede que de pequeño se tragase un diccionario —dijo la señorita Brooks, vagamente jocosa—. O a lo mejor lo hicieron así.

Katherine terminó de colocar una pila de libros en el carrito y se quedó mirando a la señorita Brooks.

—Realmente, no creo que te afecte demasiado.

—Es que no sirve de nada que la gente te afecte. No voy a dejar que Anstey me preocupe lo más mínimo.

—Me pregunto con qué la estará molestando ahora.

La voz de chicharra del señor Anstey seguía lanzando argumentos, mientras la señorita Feather se agitaba como una hoja en la tormenta. Ambas se mezclaban con los ecos desatados por el último sonido perceptible —un arrastrar de pies, el chasquido de una regla, el apagado ruido con el que las asistentes devolvían los libros a los estantes—. Katherine y la señorita Brooks se separaron, para recorrer cada una la particular sección de estanterías que debían mantener en orden. Pronto estuvo todo listo para el día de trabajo: los libros en hileras suaves y parejas, los sellos con la fecha correcta, los ficheros con las tarjetas ordenados sobre el mostrador en apretadas columnas. Volvieron a encontrarse junto a un expositor dedicado a Japón.

—¿Qué pasa con tus mitones? ¿No piensas usarlos?

—De buena gana lo haría. ¿Crees que alguien se reirá?

—Claro que no.

—Dentro de diez minutos esas puertas comenzarán a abrirse y a cerrarse.

—Bueno, puedes estar agradecida —dijo la señorita Katherine—. Es sábado. Se acaba la semana.

—Ya me extrañaba a mí que canturrearas —dijo la señorita Brooks, alejándose.

Cuando Katherine estaba volviendo al mostrador, la señorita Feather, liberada del señor Anstey, se le acercó como si no supiese bien quién era.

—Ah, señorita Lind...

—¿Sí?

—Verá, señorita Lind... ¿Recuerda que usted llevó el libro de registros cuando la señorita Holloway estuvo enferma? ¿Cuánto hace de eso?

—Una semana, me parece.

—Ya... Bueno, en la universidad dicen que aún no les han devuelto ese libro de Fielding sobre Uganda. El señor Anstey acaba de preguntarme qué ocurre.

La señorita Feather ya había cumplido los cuarenta. Tenía un rostro taimado y marchito, y al hablar lanzaba miradas conspiratorias a ambos lados, fijando solo de vez en cuando los ojos en su interlocutor.

Katherine frunció el ceño.

—¿Un libro de Fielding sobre Uganda? No lo recuerdo. ¿En el registro figura como devuelto?

—Sí, figura como devuelto, pero ellos dicen que no lo han recibido —repitió la señorita Feather como alguien que durante años ha necesitado repetirlo todo. Se metió un lápiz en el bolsillo del mono.

—Si figura como devuelto, seguramente lo habremos enviado —dijo Katherine sin convicción.

—Bueno, ellos dicen que no lo han recibido. Así pues, ¿podría usted echar un vistazo, querida, a ver si lo encuentra? Tal vez haya ido a parar al estante por error. Y, si aparece, avise al señor Anstey. Es tremendo el tiempo que se pierde en estas cosas.

Katherine se volvió y fue hasta la sección de África, con la mano derecha levantada y el codo derecho apoyado en la

palma izquierda. Aun sin prestar mucha atención, el libro fue uno de los primeros que vio, perfectamente situado entre la hilera de parduscos lomos de cuero. Una mirada al reverso de la cubierta le reveló el sello de la biblioteca de la universidad. Lo acunó malhumoradamente en las manos, luego se lo puso bajo el brazo y volvió adonde estaba la señorita Feather, que la miró con aire de degradada sabiduría.

—Aquí está, señorita Feather.

—Ah, ¡cuánto me alegro! ¿Quiere dejarlo pues en el escritorio de la señorita Holloway? Y también puede ir a decirle al señor Anstey que lo hemos encontrado y enseguida lo enviaremos.

—Muy bien.

Como la señorita Holloway no estaba en su despacho (que en realidad era una mezcla de almacén de libros nuevos, sala de servicios bibliográficos y lugar de trabajo de la catalogadora), Katherine dejó el libro sobre el escritorio y siguió hacia el despacho del señor Anstey. Estaba en un corredor oscuro, al fondo del cual una escalera de caracol de hierro llevaba hasta el Departamento de Referencias. Llamó a la puerta y, tras una pausa, una voz familiar le dijo que entrase.

Su rostro no expresaba nada cuando cerró la puerta detrás de ella. En realidad, pocas veces lo hacía: la palidez, su cara con forma de escudo, los ojos y las pestañas negros, los pómulos altos que no eran vivaces ni elocuentes... Y, tampoco, curiosamente, lo era la boca, demasiado ancha, de labios demasiado carnosos para ser bonita. Sin embargo, siempre alerta y sensible, hubiera debido de ser un rostro muy expresivo. Era casi como si Katherine se hubiese lastimado los labios y tuviese que mantenerlos insólitamente cerrados. A veces, con todo, en sus ojos despuntaba un tenue brillo de humor, como

creado por el placer de la plenitud con la que ella cubría en ocasiones sus pensamientos. Y cuando hablaba lo hacía con acento extranjero.

El despacho estaba prodigiosamente tibio, con una veheamente estufa de gas ardiendo a tal punto que las lenguas de las llamas lamían el aire. Delante había un tazón chino lleno de agua, y en el agua se desintegraba una colilla. Reinaba un gran desorden: contra las paredes, entre estanterías y archivadores, había pilas de libros y cajas de referencias acumuladas durante meses. Luego, un círculo interior de papeles amontonados olvidados desde hacía semanas; y, en el centro, una escribanía, cubierta de cartas y hojas mecanografiadas, tras la cual estaba sentado el señor Anstey. Un gran frasco de combustible para mecheros se encontraba junto al teléfono.

El señor Anstey ofrecía su habitual número de estar demasiado absorto en asuntos importantes para advertir la entrada de Katherine, y en la mano tenía una frágil hoja cuya lista mecanografiada iba repasando con un lápiz. Sostenía la pipa entre los dientes con una mueca agresiva. De vez en cuando sorbía aire por la nariz con un ruido enérgico y líquido. Era un hombre flaco y ajado, de unos cuarenta años, con un rostro estrecho y anguloso y gafas delicadas. Su traje estaba mugriento, llevaba una corbata que disgustaba a Katherine y un jersey cuyas mangas asomaban bajo los puños de la chaqueta. Se acicalaba cuidadosamente el pelo y, de vez en cuando, torcía la cara: parecía un empleado de estación de trenes con neurosis de guerra.

A su alcance tenía un estante donde se veían una taza y un plato sucios.

Katherine esperó ante él, mirando con repugnancia la cabeza inclinada. Como si no la hubiera visto, él se levantó y,

malhumoradamente, hurgó en un archivo. El humo de la pipa tenía un olor dulzón. Después de volverse a apoyar en el escritorio, dijo con afectada preocupación:

—¿Bien, señorita Lind?

—Hemos encontrado el libro sobre Uganda y lo enviaremos de inmediato.

Él no dio señal alguna de haber oído. Uno o dos minutos después, con la misma voz, preguntó:

—¿Dónde estaba?

—En la estantería.

El señor Anstey añadió a la lista un apunte final, la dobló, la puso en un sobre, garabateó algo en un bloc de notas y algo más en un calendario y, finalmente, dijo:

—¿Y qué hacía allí?

Quitándose la pipa de la boca tomó un lápiz y empezó a extraer las cenizas, fijando en Katherine una mirada distante, inexpresiva.

—Me temo que fue un error.

—Si me perdona, señorita Lind, advierto allí dos errores —dijo súbitamente el señor Anstey en voz alta y pendenciera—. Ese volumen no tendría por qué haber figurado como devuelto: primer error. Y, luego, no había que colocarlo en los expositores. O sea, que son dos errores. ¿Me sigue, señorita Lind?

—Sí —dijo ella en tono neutral, para no llamar la atención de él sobre su negativa a darle título alguno. Acumuló paciencia en su interior para afrontar lo que Anstey iba a decir a continuación, pues siempre decía cosas muy parecidas.

—Y ninguno de los dos, por explicarlo de algún modo, lo habría cometido cualquiera con unos gramos de lo que los ingleses llamamos juicio, o discernimiento o... *nous*. —Se volvió

hacia la estufa, acercando un trozo de papel a la fulgurante rejilla—. Sin duda no lo habría cometido nadie con la educación superior que usted ha recibido... Quizá podría haberlo hecho la aprendiz más joven, quienquiera que sea, aturdida como debe de estar con canciones de jazz, amiguitos o la última «peli», pero de usted no lo hubiera esperado, porque a mí me han inducido a creer que ha sido educada en la razón, y esto que ha hecho es, por decirlo educadamente, una soberana necedad.

La llama se le fue acercando a los dedos, y Anstey dio unas frenéticas chupadas a la pipa antes de arrojar el papel carbonizado al tazón de agua. Luego continuó hablando con su voz natural, desprovista de todo humor o calidez, con el típico tono que en un escenario se habría usado para insultar.

—Muestro toda la comprensión posible por esos errores que un hombre o una mujer cometen por culpa de la inexperiencia o falta de como-se-llame. En esta profesión hay ciertas cosas que únicamente llegan a dominarse con el tiempo, solo por el hecho de que uno las ha realizado tantas veces que puede prever cualquier eventualidad que surja en el curso de... sus tareas. —Abrió las fauces desagradablemente, como si Katherine lo hubiese provocado—. Yo no soy uno de esos licenciados de Oxford o de Cambridge que vienen y dicen: «¡Pero si yo puedo aprender todo esto en cinco minutos!». He conocido a montones de esos novatos, y puede usted creerme que no sirven absolutamente de nada a la hora de manejar un problemita grave. No, yo empecé en esta profesión desde abajo —volvió a mirarla con esa distante e inexpresiva expresión que parecía cerrarle las aletas de la nariz— y el poco reconocimiento que he adquirido me lo gané aprendiendo mi trabajo palmo a palmo, de arriba abajo, al derecho y al revés, llámelo como usted quiera.



Se llevó la pipa a la boca, pero se le había apagado. Suspirando, buscó a tientas las cerillas.

—Claro que —prosiguió, chupando ávidamente la boquilla mordisqueada— yo ignoro lo que usted proyecta hacer con su vida, si piensa seguir en esta profesión. No lo sé y, francamente, no quiero saberlo, porque eso es algo que cada persona tiene derecho a resolver por sí misma, pero permítame decirle una cosa: si decide usted que sí, que seguirá en la profesión, que estudiará y consagrará su energía al dominio de esta... carrera, acabará descubriendo —acentuó las dos palabras con la pipa— que unos gramos de sensatez empresarial, como los que se requieren para dirigir una fábrica o... un negocio, le valdrán tanto como todo su Shakespeare o su doctor Samuel Johnson o cualquier otro. No seré tan tonto, desde luego —adoptó un tono de indulgencia pedagógica—, como para negar que tales conocimientos sean de inestimable valor, pero lo que intento explicarle es que son pocas las veces al año en que un sujeto ha entrado y me ha solicitado: «Verá, señor Anstey, quiero saberlo todo sobre drama isabelino», o sobre cualquier otra rama oscura de la fonología o la morfología o cualquier cosa con la que usted resulte estar familiarizada (en ese caso, claro, sí entraría en juego su formación).

»Pero nueve de cada diez veces, el noventa y nueve por ciento de ellas, tendrá que cumplir la simple función de un mero jefe de oficina que en lugar de tratar con casas o paseantes o lo que sea trata con libros.

El señor Anstey hundió el lápiz en la pipa de nuevo extinta y esta vez echó mano de un barato mechero de llama larga.

—Ha empezado usted a trabajar aquí con una formación buena y valiosa, mucho mejor que la que tuve yo y no menos valiosa por haber sido obtenida en un país extranjero, ya

que el conocimiento humano es el mismo en Inglaterra, Francia, Alemania y todos los países de esta tierra de Dios. —En este punto, Anstey dejó escapar una risita—. Pero, como le iba diciendo, o más bien sugiriendo, en caso de que con el paso del tiempo alcance usted una posición equiparable a la mía, descubrirá que tres cuartas partes de su tiempo las emplea en vigilar y enmendar las meteduras de pata de alguna cabeza hueca que cree haber enviado un libro a Wigan o Tombuctú, cuando en realidad solo lo ha devuelto a un estante donde no debería estar.

Volvió a reírse y chupó la pipa, rodeándose la cabeza de un aura de humo azulado y dulzón. Katherine lo miró como si fuera un insecto que se habría deleitado en pisar.

—Pido disculpas por el error —dijo furiosa—, pero no creo que...

—Pues ya ve, señorita Lind: es así como se nos pasa el tiempo... —la interrumpió el señor Anstey. Sentado en una extraña postura, se palmeó desconsoladamente el muslo mientras de soslayo miraba a Katherine con el rostro desencajado—. Preocupándonos por pequeños detalles que dentro de seis semanas no nos importarán ni a usted ni a mí ni a nadie, mientras lo que realmente importa queda postergado.

Hizo un gesto teatral de resignación. Era otro de sus números, el del hombre obligado a derrochar su tiempo en cosas que estaban por debajo de su inteligencia.

—En este cajón tengo trabajo acumulado desde hace cuatro años, trabajo de clasificación, original y tal vez valioso, a la espera de que disponga de una semana libre... Bien, de nada sirve lamentarse. Por ese camino se llega a la locura, como dijo no sé quién. Todo lo que puedo hacer, todo lo que puede hacer usted, es sacar adelante el trabajo urgente. Eso...

Se escuchó un golpecito en la puerta y, a continuación, entró la señorita Feather, mirando en torno como si sospechara que en el despacho había más de dos personas. El señor Anstey adoptó enseguida su expresión distante y, con voz preocupada, dijo:

—Sí, señorita Feather, ¿qué ocurre?

—Una de las asistentes de la sección juvenil se encuentra mal, señor Anstey. No está en condiciones de trabajar.

—¿Y de quién se trata, señorita Feather? —Era su tercer papel: el de un funcionario de justicia atento a todos los hechos del caso.

—La señorita Green. Realmente parece muy enferma.

—¿Qué le pasa? —preguntó él rudamente—. ¿Tiene gripe, sarampión o...?

—Le duele mucho una muela y quiere irse a su casa. Creo que habría que permitirselo. La verdad es que hoy no resultará muy útil.

—¡Iirse a su casa! Debería ir a ver a un dentista —dijo despreciativo el señor Anstey, como si se hubiera dado cuenta del engaño.

—Creo que lo hará si antes la dejamos marcharse a casa.

Quizá la señorita Feather fuese la única de toda la plantilla que poseía el don de impedir que el señor Anstey se anduviese por las ramas: introducía observaciones sumisas, insinuantes, que lo obligaban a volver al camino que a ella le importaba.

—¿Y dónde vive? ¿La madre figura en la guía? —Ignorando la negativa de la señorita Feather, el señor Anstey abrió la guía para descubrir que la mujer no figuraba.

—Está muy lejos —dijo la señorita Feather—. Pienso que tal vez sería mejor que alguien la acompañara. Parece que en cualquier momento fuese a desmayarse.

—¿Y por qué no darle fiesta a todo el mundo? —propuso el señor Anstey, coronando la frase con una carcajada histérica—. ¡Yo mismo iría con ella con tal de tener la mañana libre! Se rio solo.

—Creo que es mejor que la acompañe alguien —repitió la señorita Feather, mirando furtivamente el reloj de la repisa.

Riendo animadamente, el señor Anstey se metió la pipa en la boca y volvió a sus papeles.

—Sí, de acuerdo, de acuerdo —dijo con indulgente impaciencia, como si las dos le hubieran hecho perder el tiempo. Que la acompañen. Me da lo mismo quién. Que vaya alguien. ¡Ja, ja! Qué alegría les dará poder escaparse una o dos horas...

Lo dejaron sumido en su inmovible convicción de que todo dependía de él y de que, pese a tener un trabajo abrumador, siempre se las ingeniaba para gestionar cada detalle con eficiencia.

Una vez fuera, la señorita Feather dijo:

—Tal vez no le moleste ir a usted, señorita Lind.